

# La Inglaterra en que vivió Bernardo O'Higgins

GUIDO DONOSO N.

Hay determinadas etapas de la vida de Bernardo O'Higgins que revisten especialísima significación en el decurso de su formación espiritual e intelectual. Una de ellas es, incuestionablemente, el período de su estada en Inglaterra, en los años decisivos de su temprana juventud.

Las circunstancias y pormenores de tan relevante fase de la vida de don Bernardo —que usaba entonces el apellido de su madre, esto es, Riquelme— son relativamente conocidos, al menos en sus rasgos más decidores y de proyecciones más fecundas para el futuro del héroe. Sabemos —y esto es importante recordarlo— que fue anhelo muy sentido de su progenitor don Ambrosio O'Higgins, gobernador de Chile y luego virrey del Perú, el que su hijo recibiera una educación lo más completa posible. Esa fue la razón, obviamente, de que el joven Riquelme, que estudiaba entonces en Lima, fuera enviado por su apoderado, el comerciante irlandés Juan Ignacio Blake —y cumpliendo con ello precisas instrucciones de don Ambrosio—, a las islas británicas, a la sazón reconocida vanguardia del mundo en muchas y principalísimas manifestaciones de la creatividad humana.

Es así como el futuro libertador —de sólo 17 años en esos días— arribó el año 1795 a tierra inglesa, después de haber permanecido algunos meses en Cádiz, en casa del próspero comerciante Nicolás de la Cruz y Bahamonde, otro de sus apoderados de esa azarosa etapa de su existencia.

Henos aquí, por lo tanto, con don Bernardo en Inglaterra —en Londres para ser más exacto—, inmerso abruptamente —y ya nos imaginamos con qué nerviosismo e inquietud— en un mundo distinto de aquel que había nutrido su mente de niño y adolescente.

Desgraciadamente —y digo esto pensando en lo mucho que deseáramos ampliar nuestros conocimientos sobre el particular— son escasas y no muy claras las informaciones que tenemos sobre las vicisitudes, pensamientos y preocupaciones del padre de la patria durante los años de su residencia en Gran Bretaña. Podemos afirmar, no obstante, que a poco de su llegada a la capital inglesa fue a establecerse en el cercano y apacible pueblo de Richmond, hoy inserto en la enorme conurbación londinense. Allí vivió alojado en casa de un tal Mr. Eeles que recibía pensionistas, y una de cuyas hijas —Carlota—, según refieren sus biógrafos, parece no haber sido indiferente a los sentimientos de afecto y amor de aquel joven extranjero venido de un país llamado Chile, tan lejano, singular y de todos desconocido.

El año 1798 encontramos a O'Higgins de nuevo en Londres, sufriendo toda clase de aflicciones, desvelos y amarguras por la acuciante falta de dinero, la soledad ímproba, y la indiferencia de su apoderado de Cádiz —el aludido señor Cruz— como asimismo de su distante e ilustre progenitor.

De este período de su vida —bien se sabe— se han publicado una serie de cartas a su tutor y a su padre, las que nos ilustran —en ocasiones en forma bastante emotiva— sobre sus preocupaciones, dificultades y también satisfacciones de esos arduos días.

“Le haré a Vuestra Excelencia —escribe don Bernardo a su padre a comienzos de 1797— una corta relación del mediano progreso de mis estudios en este país, cual es el inglés, francés, geografía, historia antigua y moderna, etc., música, dibujo, el

manejo de las armas, cuyas dos últimas cosas sin lisonja, las poseo con particularidad; y me sería de grande satisfacción si varias de mis pinturas, particularmente en miniatura, pudieran llegar a manos de Vuestra Excelencia, pero las presentes inconveniencias lo impiden”.<sup>1</sup>

El contenido de esas cartas, centrado casi siempre en asuntos estrictamente particulares, aluden reiteradamente a los ya indicados problemas económicos, los cuales, infortunadamente, persistieron —luego de abandonar Inglaterra— durante su posterior y breve estada en España.

No encontramos en ellas noticias sobre su experiencia de la vida inglesa; ni juicios, ni impresiones sobre lo que para él debió haber sido, muy probablemente, una vivencia asombrosa, turbadora y desconcertante. Nos referimos a su conocimiento y valoración de la dinámica, progresista y conflictiva sociedad británica de esos años, lo que por cierto es verdaderamente lamentable.

Los días londinenses del futuro libertador están marcados por un acontecimiento ápice que dejaría huellas muy profundas y duraderas en su espíritu. Fue su vinculación con el revolucionario venezolano Francisco de Miranda quien, escapado entonces de los agentes policiales del Directorio francés, había iniciado conversaciones con el ministro inglés Pitt, tendientes a promover la intervención del gobierno británico en una eventual insurgencia hispanoamericana, que él, a su vez, procuraba incentivar por todos los medios posibles.

Miranda comunicó abiertamente al joven chileno sus nobles aspiraciones, sus gestiones, sus proyectos, y las dificultades ingentes que se oponían a ellos. Conocemos la exultante reacción del prócer ante tal información. En efecto, impresionado, emocionado en extremo, por el audaz y ambicioso plan emancipador del caraqueño, adhirió fervorosamente a él, y desde ese día su más entrañable anhelo sería concretar la indepen-

<sup>1</sup>Carta de don Bernardo O'Higgins a don Ambrosio O'Higgins. Londres, 28 de febrero de 1799.



dencia de su patria en el contexto de un vasto movimiento liberador americano.<sup>2</sup>

No está de más recordar que, hacia esa fecha, otros hispanoamericanos residentes en Inglaterra —además de Miranda y O'Higgins— apuntaban al mismo objetivo y, en algunos casos, con notoria firmeza y decisión. Al escribir estas palabras, pensamos en el esclarecido patriota peruano y ex jesuita, Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, cuya "Carta a los españoles americanos" involucra, además de una severa requisitoria contra el gobierno español por las drásticas medidas aplicadas a la Compañía, un llamado vigoroso y transparente a la consecución de la plena independencia de las naciones iberoamericanas.<sup>3</sup>

Vizcardo y Guzmán murió en Londres en 1798<sup>4</sup>. Quiere decir, por lo tanto, que sus años finales coinciden con la permanencia de don Bernardo en la capital británica.

<sup>2</sup>Algunos valiosos documentos prueban esa relación. Así, por ejemplo, entre las notas agregadas a la copia hecha por Miranda de su protesta de 19 de marzo de 1799 al ministro Pitt, figura una que dice: "D. Riquelme, natural de Santiago de Chile, se ofreció para llevar la decisión a sus compatriotas, pero como no recibí noticias favorables poco después salió de Londres para regresar a su país natal". Archivo del general Miranda, Tomo XV, págs. 169 y 351. Reproducido por Ricardo Donoso en: "El marqués de Osorno Don Ambrosio O'Higgins. 172-1801", Univ. de Chile, Santiago, 1941, pág. 392.

En una carta de O'Higgins a don Juan Mackenna, leemos: "Como espero tener pronto el gusto de abrazarlo, dejaré para entonces la relación de mi amistad con Miranda en Londres, y de cómo me convertí a las doctrinas de ese inteligente e infatigable apóstol de la causa de Sudamérica".

Carta de don B. O'Higgins a don Juan Mackenna. Canteras, 5 de enero 1811.

<sup>3</sup>"Un continente infinitamente más grande que la España, más rico, más poderoso, más poblado —escribe Vizcardo en su "Carta"—, no debe depender de aquel reino, cuando se halla tan remoto, y menos aún cuando está reducido a la más dura servidumbre. El valor con que las colonias inglesas de la América han combatido por la libertad de que ahora gozan gloriosamente, cubre de vergüenza nuestra indolencia".

Reprod. Carlos Pereyra: "Breve historia de América", Zig-Zag, Santiago de Chile, 1946, pág. 339.

<sup>4</sup>La "Carta a los Españoles Americanos" fue impresa en Filadelfia en 1799, y luego en Londres dos años después.



Al margen de los acontecimientos reseñados —y retomando el hilo de nuestro estudio— no encontramos en esta etapa de la vida de O'Higgins otras ocurrencias dignas de subrayar.

Un viaje a la playa de Margate —entonces uno de los balnearios más concurridos por las clases acomodadas inglesas— mencionan sus biógrafos más autorizados. Margate está situada a la entrada del estuario del Támesis, frente al mar del Norte, y el camino que conducía allí cruzaba una de las comarcas más feraces y productivas del reino; al mismo tiempo, una de las más atractivas en su armoniosa y evocadora combinación de áreas cultivadas con esmero, praderas para la crianza de ganado, bosquecillos esporádicos, pueblos y villorrios tranquilos y laboriosos.

Para el joven chileno, que tan especial inclinación manifestó siempre por los esforzados trabajos de la agricultura y por la vida rural, aquel hermoso panorama de la campiña isleña debe haber constituido no sólo motivo de grato interés, sino también de viva complacencia, regocijo y admiración.<sup>5</sup>

Una perspectiva igualmente placentera tuvo ocasión de presenciar el libertador, algún tiempo más tarde, cuando debió abandonar definitivamente Inglaterra. Sabemos, en efecto, que en el mes de febrero de 1799, O'Higgins se embarcó en el puerto de Falmouth con destino a Cádiz, desde donde proyectaba continuar viaje hacia su distante y recordada patria.

Pues bien, la rada de Falmouth geográficamente se ubica en la península de Cornualles, verdadero "finis terrae" británico, en el oeste. Entre dicha bahía y Londres media, por lo consiguiente, un trecho relativamente largo, que los caminos cubren desplazándose a través de ese típico paisaje de la Inglaterra meridional, tan particularizado en su admirable y sugestiva alternancia de llanuras herbosas o cultivadas, suaves lomajes cubiertos de bosques o monte bajo, marismas desper-

<sup>5</sup>"En tales condiciones —escribió O'Higgins en una oportunidad— hubiera podido llegar a ser un buen campesino y un ciudadano útil, y, si me hubiera tocado en suerte nacer en Gran Bretaña o en Irlanda, habría vivido y muerto en el campo".

Carta de Bernardo O'Higgins a Juan Mackenna. Canteras, 5 de enero de 1811.

digadas; y todo esto en rápida transición hacia los relieves quebrados y escabrosos de Cornualles.

Ciudades de singular encanto se suceden a lo largo de aquel pintoresco y gratísimo trayecto: así —y muy señaladamente— Salisbury, con su bella catedral de elevada y airosa torre, la misma que años después inmortalizaría en el lienzo el pincel maestro de Constable; Sherborne, Yeovil, y más adelante Exeter, de egregia y altiva prosapia histórica.

Tal fue —muy presumiblemente— el escenario emotivo que tuvo ante sus ojos don Bernardo en aquel postrer viaje suyo por suelo inglés.

Y llegados a este punto preguntémonos, ¿cuál era la realidad vital de Inglaterra en los años en que residió en aquel país el fundador de la República? ¿Cómo era en lo medular su sociedad, su estructura económica, sus instituciones, su peculiaridad cultural? ¿Qué cambios, qué transformaciones, se gestaban en ella? ¿Qué desafíos afrontaba?

Es lo que procuraremos esclarecer —someramente eso sí, por razones de espacio— en las páginas que siguen.

Por lo pronto, y dicho escuetamente, esos años finales de la decimoctava centuria significan para la Gran Bretaña cambios especialmente significativos, y de proyecciones decisivas para su futuro y el de la humanidad toda.

El signo distintivo de la sociedad inglesa finisecular es la mutación o, más propiamente, la transición progresiva y notoria hacia la concreción de formas nuevas en importantes campos de la actividad y la creatividad humana.

¿Qué cambios son éstos? Fundamentalmente, los derivados de una “revolución” múltiple, que abarca correlativamente tanto la industria como la agricultura, los transportes, la demografía y que, justamente por ser “revolucionarios”, no alumbran con expedición e inocuidad, sino, al contrario, con espasmos de dolor, con sacrificio y aflicción.

Paralelamente —y en otro nivel de la realidad— los espíritus ilustrados transitan desde el orden clásico y racionalista, al mundo del sentimiento y la emotividad. Emerge con ímpetu

el romanticismo, la “era de las almas sensibles”, y la Inglaterra del Dr. Johnson marcha con decisión a la Inglaterra de Coleridge y de Byron.

Y más allá del canal, un remezón inaudito y tremendamente inquietante: la revolución francesa.

¿Cómo repercutió aquélla en la isla? Aproximadamente en la misma forma que en las demás naciones del continente, es decir, con expresiones de alborozo en algunos, con alarma en los más.

Pues bien, en este clima de preocupación e inquietud publica Edmund Burke sus “Reflexiones sobre la revolución francesa”, una de las obras capitales de la historia del pensamiento político inglés. Aparecido en 1790, el ensayo tuvo inmediatamente un éxito clamoroso, del cual dan testimonio las once ediciones que tuvo en un año, y los 30 mil ejemplares —cifra elevadísima para la época— distribuidos en sólo seis años.

En lo medular, las “Reflexiones” constituyen una severa diatriba contra la revolución, una crítica inteligente y devastadora —en todo sentido concordante con la postura de la mayoría de los ingleses— contra el precipitado afán reformista y el extremismo demoledor de los nuevos conductores del Estado francés.

Algunas de las aseveraciones de Burke merecen recordarse aquí, por la hondura y jerarquía de sus juicios y el impacto que produjeron en su época.

“¿Es, pues, verdad —pregunta— que el gobierno francés era absolutamente incapaz o no merecedor de reforma? ¿Que era absolutamente necesario derribar de una vez todo el edificio y limpiar el solar para erigir en su lugar otro teórico y experimental? Toda Francia —subraya— opinaba de manera distinta a primeros del año de 1789. Las instrucciones dadas a los representantes de todos los distritos del reino en los Estados



Generales, estaban llenas de proyectos de reforma de aquel gobierno sin la más remota sugestión de un plan para destruirlo".<sup>6</sup>

En otra parte, y aludiendo a los hombres de gobierno, opina así: "No puedo concebir cómo un hombre puede llegar a una presunción tal que le permita considerar a su país como nada más que una "carte blanche", en la que puede dibujar lo que se le antoje. Un hombre lleno de buenas intenciones, ardiente y especulativo, puede desear que la sociedad a que pertenece esté constituida de modo distinto a como él la encuentra; pero un buen patriota y un verdadero político piensa siempre en la manera de conseguir mejor resultado con los materiales de que dispone. Mi tipo ideal de hombre de Estado reúne una tendencia a conservar y una capacidad para mejorar".<sup>7</sup>

Y, apuntando directamente a los revolucionarios de Francia, argumenta: "Cuando los líderes prefieren convertirse en licitadores de una subasta de popularidad, sus talentos no sirven de nada para la construcción del Estado. Se convierten en aduladores en vez de legisladores; instrumentos y no guías del pueblo. Si alguno de ellos propone un plan de libertad sobriamente limitada y definida con las cualificaciones adecuadas, será sobrepujado inmediatamente por sus competidores, que podrán presentar algo más espléndidamente popular".<sup>8</sup>

Objeto de comentarios y discusiones, las ideas de Burke tuvieron —como se ha dicho— amplia resonancia y difusión tanto en Inglaterra como en el continente. Esto, por el hecho de que correspondían, en lo sustancial, a la manera de pensar de la gran mayoría de los ingleses; lo que no significa, desde luego, que la revolución no hubiera encontrado entusiastas adeptos en la isla. Los ensayistas políticos Thomas Paine y Godwin, y los poetas Robert Burns, Wordsworth, Coleridge y Southey, más algunos integrantes de la corriente "whig", saludaron en un principio jubilosos los convulsivos acontecimientos del 89. "Era una dicha estar vivo en ese amanecer", escribió Wordsworth.

<sup>6</sup>Burke, Edmund: "Reflexiones sobre la revolución francesa". En: "Textos Políticos", F.C.E. México, 1942, pág. 151.

<sup>7</sup>Ibíd., pág. 178.

<sup>8</sup>Ibíd., pág. 255.

Pronto, sin embargo, esas precoces efusiones —y por efecto de los excesos de la revolución— cedieron paso al temor y al franco repudio.

Mucho mayor peligro que estas exaltaciones un tanto atropelladas, tuvieron en cambio los clubes extremistas —obreros y elementos de la baja burguesía— que brotaron en las principales ciudades del país. Así, la “Sociedad correspondiente de Londres”, creada en 1792 a imagen del club de los jacobinos de Francia, y que llegó a tener sucursales en toda la nación; la “Sociedad de información constitucional”, con filiales en Irlanda y Escocia; el “Club revolucionario británico”.

Estas sociedades y otras más organizaron un activo movimiento en favor de la implantación de reformas políticas: reconocimiento de los “derechos del hombre”, extensión del derecho de sufragio, reforma parlamentaria. Dichas actividades, sin embargo, no sobrepasaron el nivel de la oratoria o el de la simple y estricta petición a las autoridades; en ningún momento —ni de lejos— constituyeron factor de desestabilización del régimen político británico.

¿Razones de ello? Godechot nos da su autorizada opinión al respecto. “Los problemas —señala— que eran los más agudos en Francia y en algunos Estados del continente, no se planteaban siquiera en Inglaterra: la burguesía participaba desde hacía más de cien años en el gobierno; la igualdad ante los impuestos estaba desde hacía mucho tiempo establecida. Si el régimen feudal existía, era mucho menos duro que en Francia: no comprendía derechos contingentes, ni “corvéés” importantes, y el diezmo no era gravoso más que en Irlanda. Sin duda —agrega— la desigualdad de las clases sociales era muy grande; pero como consecuencia de su situación, la burguesía inglesa tendía a ligar su causa a la de la aristocracia, y no, como en Francia, a la de los campesinos”.<sup>9</sup>

Tal era la escena en Gran Bretaña, mientras la revolución se consolidaba, extendía y radicalizaba al otro lado del canal. Inglaterra, sin embargo, se mantuvo al margen de los asuntos de ese país y firmemente dispuesta a no intervenir; política que,

<sup>9</sup>Godechot, Jacques: “Les Révolutions (1770-1799)”, Col. “Nouvelle Clio”, Presses Universitaires de France, Paris, 1963, pág. 146.

no obstante, debió abandonar al consumarse la conquista de Bélgica por los ejércitos franceses.

En efecto, la ocupación de Bélgica a fines de 1792, y la consiguiente reapertura de las bocas del Escalda al comercio marítimo —hecho estimado claramente lesivo a sus intereses económicos— va a determinar un drástico cambio en la política inglesa frente a Francia que, en último término, llevaría a la guerra.

A partir de aquella fecha —comienzos de 1793—, Inglaterra, con intervalos de paz precaria, se mantendrá en conflicto con Francia hasta 1815.

En consecuencia, cuando don Bernardo O'Higgins llega a las islas británicas —1795—, el país se encontraba en los inicios de aquel largo y enconado enfrentamiento, que involucraría además a la mayor parte de las naciones europeas.

Ahora bien, la guerra —desde el punto de vista del frente interno— va a permitir al gobierno inglés dirigido por Pitt, aplicar una serie de medidas contra los elementos subversivos a que se ha hecho referencia: los clubes fueron cerrados, los agitadores y los intelectuales favorables a la revolución, perseguidos y condenados. En 1794 el "habeas corpus" fue suspendido: de ahí en adelante los sospechosos pudieron ser detenidos sin más trámite, y embarcados como marineros en los navíos del rey.

Pese a todo, la agitación se mantuvo en las clases populares, incentivada por la deficitaria cosecha de 1795 —que se tradujo en alza del precio del pan y otros productos alimenticios— y también por el daño serio ocasionado al comercio marítimo por las victorias francesas de ese año. Motines estallaron entonces en diversas ciudades, señaladamente Londres, Birmingham y Dundee. En octubre del año citado, con ocasión de la reunión del Parlamento, el rey Jorge III y el primer ministro Pitt fueron vilipendiados durante una reunión pública. El gobierno debió, en consecuencia, acentuar las medidas destinadas a preservar el orden y la tranquilidad internos, erosionadas por las perturbaciones aludidas.

La crisis económica, afortunadamente, se atenuó al año siguiente y, en la Inglaterra propiamente dicha, la conmoción



social decreció notoriamente. Persistieron, sin embargo, calladamente, entre los marineros de la flota y en el campesinado irlandés, situaciones que al agudizarse van a desembocar en movimientos subversivos de singular gravedad.

En efecto, en abril de 1797, la flota del Canal de la Mancha se amotinó, acción seguida muy pronto por la escuadra del mar del Norte. ¿Motivos de tal rebelión? Pese a que los insurrectos tenían vinculaciones con los jacobinos franceses y, sobre todo, con los revolucionarios irlandeses, las razones del alzamiento deben encontrarse más bien en el atroz y caótico sistema de reclutamiento de los marineros y en las penosísimas condiciones de vida de estos forzados tripulantes de los navíos de Su Majestad.<sup>10</sup>

El movimiento, sin embargo, pese a su peligrosidad, terminó sin mayor riesgo para la nación, sometiéndose los alzados luego de activas negociaciones entre el almirantazgo y los cabecillas del motín.

Mayor gravedad y repercusiones que aquel movimiento, tuvo la coetánea revolución en Irlanda. Desde hacía algunos años la isla vivía un clima de persistente agitación, tendente a conseguir de las autoridades inglesas una mayor autonomía política. Para apaciguar tal efervescencia, el ministro Pitt, en 1793, había concedido el derecho a voto a los católicos; pero ello no fue suficiente. Los católicos reclamaron la igualdad completa con los protestantes, exigencia que fue rechazada de plano por el gobierno. Las turbulencias crecieron, entonces, de manera alarmante en Irlanda —estimuladas por el amotina-

<sup>10</sup>“La ronda aprehensora —escribe el historiador Trevelyan— constituía todavía en los tiempos de Nelson el terror de la vida en los lugares situados a lo largo de la costa y en los puertos de Inglaterra. Bandas armadas de machetes eran dirigidas por los oficiales del rey para aprehender marineros u hombres de tierra de los barcos que se encontraban en el puerto o en el mar, en las cervecerías y calles, y hasta en la propia puerta de la iglesia, de donde se llevaban a veces al novio y a los convidados.

... Una vez a bordo del navío de S. M., los reclutas forzosos tenían razones más que suficientes para renegar de su suerte. Los alimentos suministrados por inescrupulosos contratistas eran a menudo repugnantes, y la paga dada por un gobierno en penuria era siempre insuficiente”.

George Macaulay Trevelyan: “Historia social de Inglaterra”, F.C.E., México, 1946, pág. 517.

miento de la flota— hasta desembocar finalmente —comienzos de 1798— en una desatada y violenta insurrección campesina que, en muchos aspectos, recuerda la de la región de la Vendée en Francia, de esa misma época.

El ejército británico, no obstante, aplastó despiadadamente el movimiento, contándose las víctimas por millares. Desde entonces, y como consecuencia de estos acontecimientos, la inquieta e infortunada isla fue considerada y tratada como país conquistado, quedando “indisolublemente” ligada a Inglaterra por el Acta de Unión del año 1800. Perdía su Parlamento particular, y los católicos —mayoría abrumadora en la isla— fueron despojados de los escasos derechos que tenían.

Así, la Gran Bretaña imponía drásticamente orden en su casa y quedaba en condiciones de enfrentar con renovado vigor a Francia, organizando nuevas coaliciones contra ella.

Llegados a este punto, desandemos lo dicho, para recordar lo siguiente: O'Higgins vivió en Inglaterra entre 1795 y 1799. Pues bien, esos años son justamente los que enmarcan los trascendentes acontecimientos reseñados; tanto los relativos a la Gran Bretaña, como los ocurridos en el continente.

Uno de ellos —y nos referimos concretamente a la inesperada e impresionante evolución del proceso revolucionario francés— debe haber preocupado y conmocionado hondamente al futuro libertador. Es factible pensar que aquel ingente y desmesurado trastorno —que a la postre irradiaría su influencia a todo el ámbito de la civilización occidental— haya contribuido a afirmar determinadas tendencias ideológicas del prócer, que años después pondría de manifiesto con rotunda claridad y firmeza.

Aludimos, sin ir más lejos —y para señalar un hecho bien notorio— a su acendrado e inconmovible espíritu republicano, del que tantas y tan elocuentes muestras daría en lo venidero.

Así, en carta a don José Gaspar Marín, escribiría en 1821: “Si Chile ha de ser República, como lo exigen nuestros juramentos y el voto de la naturaleza indicado en la configuración y riqueza que lo distingue; si nuestros sacrificios no han tenido un objeto insignificante; si los creadores de la revolución se

propusieron hacer libre y feliz a su suelo y esto sólo se logra bajo un Gobierno Republicano y no por la variación de dinastías distantes, preciso es que huyamos de aquellos fríos calculadores que apetece el monarquismo . . . ”<sup>11</sup>

Sabido es, igualmente, que el libertador rechazó siempre la idea de implantar en Chile una monarquía, gobierno que parecía en cambio a San Martín el mejor y más eficaz baluarte contra los desenfrenos de la anarquía.

Ahora bien, frente a tales testimonios —y otros más que se podrían indicar— ¿resulta demasiado aventurado inferir el afinamiento de esa idea en el ánimo del prócer durante sus años de permanencia en Londres, cuando al otro lado del canal la república aventaba la vetusta monarquía?

No olvidemos, además, que el repudio del libertador al sistema monárquico se asociaba en él a una actitud de franco desdén hacia la aristocracia. Prueba de ello, la prohibición durante su gobierno del uso de los escudos de armas, la abolición de los títulos nobiliarios, y su intento de suprimir los mayorazgos. Al respecto, es perfectamente justificado postular su condición de bastardo y los desaires recibidos de parte del patriciado santiaguino, para explicar esa postura y ese distanciamiento. Sin embargo, ¿no cabría pensar, también, en una posible influencia del antiaristocraticismo propio de la revolución francesa, y albergado en su espíritu en los sensitivos años de la edad juvenil?

Pero dejemos estas consideraciones y retomemos el hilo de nuestro tema.

La Inglaterra de la época en que residió allí don Bernardo, no sólo vivió bajo la aflicción de la guerra y la inquietante propagación de la revolución francesa. Hay mucho más todavía y de interés tan acuciante para la sociedad de entonces, como los acontecimientos aludidos.

Un hecho especialmente notorio durante esos años fue el aumento de población de las islas británicas. En el curso del siglo XVIII, en efecto, la población de Inglaterra y Gales subió

<sup>11</sup>Carta de don Bernardo O'Higgins a don José Gaspar Marín. Santiago, 18 de octubre de 1821.



de aproximadamente cinco millones y medio a comienzos de la centuria, a nueve millones a fines de la misma. Tal incremento se debió específicamente a un aumento de los nacimientos sobre las defunciones, hecho particularmente sensible a partir de las últimas décadas de dicho siglo. De esta manera —y en un proceso que se prolonga en la centuria siguiente— asistimos a una verdadera “revolución demográfica”, de hondas repercusiones para el país.

Las causas de tal fenómeno —no fáciles de determinar— parecen hallarse, sin embargo, en el mejor nivel de alimentación general de la nación —hecho relacionado con la “revolución agrícola” de esos años—; también en la menor incidencia del factor epidemias, en la creciente urbanización, en el descenso de la edad del matrimonio, en la difusión de la vacuna anti-variólica a partir de fines del XVIII; en fin, en un mejoramiento paulatino de las condiciones de vida, factor en estrecha vinculación con el “despegue” de la economía británica.<sup>12</sup>

Como se sabe, dicho incremento llevó a Malthus, por esos años, a postular sus célebres, difundidas y controvertidas teorías sobre la población, las que fueron dadas a la publicidad en junio de 1798 —“An essay on the principle of population”—.

Es necesario recalcar que el aumento antedicho se logró sobre todo en las ciudades, particularmente en las de mayor envergadura: Londres, Liverpool, Manchester, Birmingham.

Al respecto, el caso de Londres merece un párrafo especial. La ciudad se había convertido hacia esos años —fines del XVIII— en una inmensa aglomeración de aproximadamente 850 mil habitantes, cifra que la transformaba en la urbe más populosa del mundo. Era el mayor centro comercial y financiero del orbe y, al mismo tiempo, uno de los núcleos industriales más considerables de la Gran Bretaña. En efecto, de diez a quince mil telares trabajaban en ella, especialmente dedicados a la elaboración de telas de seda, los cuales proporcionaban ocupación a más de 30 mil obreros, que producían singularmente para el mercado interno.

<sup>12</sup>Rostow, justamente, ubica el impulso inicial de la economía inglesa, en el período comprendido entre 1783 y 1802.

W. W. Rostow: “Las etapas del crecimiento económico”, F.C.E. México, 1961, pág. 52.

Pero eso no es todo. Su activísima vida cultural no tenía parangón en el reino y lo mismo cabe aseverar del movimiento excepcional de su vasto puerto, del ajetreado mundo empresarial de la City, de la animación de sus calles —Fleet Street, Lombard Street, Newgate St., Bishopsgate St., del Pall Mall, para mencionar algunas—, de sus espléndidas construcciones —la imponente catedral de San Pablo en primerísimo término, también los palacios de Saint James y Lambeth, el Hampton Court, el palacio y la abadía de Westminster, la Torre—, sus plazas, parques y jardines —señaladamente los de Vauxhall y Ranelagh—, sus barrios elegantes —Covent Garden, Piccadilly, Bloomsbury, Saint James Square, Basinghall Street—, sus centenares de bulliciosos y concurridos cafés, en fin, su Bolsa, Banco, mercados, ferias, posadas de diligencias.

Agreguemos, para esbozar el cuadro, la agitación ruidosa y alborotada del río. Allí, las embarcaciones de pasajeros se cruzaban sin cesar entre el denso e incesante tráfico comercial; con el inevitable acompañamiento de improperios y denuestos, cambiados entre los barqueros y los tripulantes de las gabarras. Tres puentes cruzaban ya el río a fines del siglo; y corriente abajo del antiguo y tradicional puente de Londres, una selva de mástiles cubría la dársena, constituyendo un espectáculo sin paralelo en el mundo.

No todo, sin embargo, era tan grato, atractivo y placentero de mirar. Los barrios populares, con sus míseras pocilgas y calles sórdidas, sucias y malolientes, focos de insalubridad, delincuencia y otras taras sociales, constituían espectáculos en extremo penosos, abyectos y deprimentes. Si bien es cierto que los escándalos alarmantes del consumo excesivo y ampliamente difundido del alcohol —recuérdese la “Gin Lane”, la célebre estampa de Hogarth—, habían menguado en gran medida, también es efectivo que el número de tabernas, a fines de siglo, era todavía muy considerable con las consecuencias que es fácil de imaginar.

Hacia la época indicada, Londres tenía una extensión asombrosa para su tiempo, resultado de la sostenida y acelerada expansión urbana de los dos siglos anteriores. Tengo ante mi vista dos planos de la capital inglesa, cuya comparación permite constatar fácilmente dicho crecimiento: uno corresponde al

período de Jorge I, inicios del siglo XVIII y el otro, a las postrimerías de la centuria.

Pues bien, este último muestra, en relación al primero, cambios sustanciales.

En primer lugar, un acentuado crecimiento hacia el sector occidental; esto es, en dirección a Hyde Park —que ahora aparece como tal— y el nuevo distrito de Chelsea; igualmente hacia el norte donde el frente de urbanización alcanza e involucra el área de Islington; el este, donde un prolongado tentáculo de poblamiento aprehende Greenwich; y, sobre todo, el sector sur del Támesis, donde el avance urbano llega al Vauxhall Garden, los distritos de Kennington y Walworth, adelantando también, visiblemente, a lo largo del camino de Kent.

No cabe duda. Londres crecía rápidamente, y continuaría haciéndolo sostenidamente en la centuria siguiente. Y todo esto, a juzgar por los testimonios contemporáneos, sin perder su fisonomía característica y su indudable atractivo —al menos en su núcleo histórico original— que hacía a Wordsworth escribir en 1802, que “nada puede la tierra mostrar que sea más hermoso” que el panorama de la capital visto desde el puente de Westminster.<sup>13</sup>

Baste con lo dicho sobre el particular, y trasladémonos ahora a otro plano de la realidad inglesa finisecular, concretamente la vida política, para examinar cuál era en ese orden de cosas la situación de Inglaterra, en los años en que le correspondió vivir allí a don Bernardo O'Higgins.

Al respecto, un hecho esencial se nos impone desde la partida: la creciente influencia del Parlamento en el desarrollo político de la nación, influjo y dominio que no había cesado de perfeccionarse y afianzarse desde los días de la Gloriosa Revolución (1688). Cabe recordar, ya que consideramos este tema, que el monarca Jorge III (1760-1820), durante las dos primeras décadas de su reinado, desplegó un serio esfuerzo por restaurar la plenitud de la “prerrogativa real”, afanes que a la postre fracasaron rotundamente.

En el seno del Parlamento, la Cámara de los Lores —pese a su constitución y procedencia— mantenía siempre un gran

<sup>13</sup>Cit. G. M. Trevelyan: Ob. cit., pág. 411.



prestigio, y ejercía importantes funciones judiciales y políticas. Numerosos Lores —por otro lado— desempeñaban significativo rol en la elección de los diputados de la Cámara de los Comunes, debido a la considerable influencia de que disfrutaban en los campos, en su carácter de grandes propietarios territoriales.

Los Comunes se componían de representantes elegidos por las ciudades (burgos), y por los distritos rurales (condados). Sobre el particular, es pertinente señalar que el sistema de elecciones no había variado en absoluto, desde la consumación de los hechos políticos que llevaron a fines del siglo XVII a la parlamentarización del Estado inglés. En efecto, el derecho a voto era siempre considerado una “franquicia”, un “privilegio”, y estaba ligado a la posesión de un determinado ingreso por parte del beneficiario, lo que reducía el número de electores a una proporción ínfima del total de la población.

La lista de burgos que enviaban diputados al Parlamento había sido establecida hacía muchísimo tiempo; sin embargo, los cambios recientes en la estructura de la población —la “revolución demográfica” con su corolario, el auge de las ciudades industriales— no habían significado nuevas reparticiones de sedes.

De esta manera, se daba el caso insólito de que ciudades populosas no elegían diputados, en tanto que burgos decadentes y despoblados —“burgos podridos”— que no contaban en ocasiones más que una media docena de electores, continuaban eligiendo el mismo número de representantes.<sup>14</sup>

Si se recuerda además que, en la época en referencia, el voto no tenía carácter secreto, se puede comprender cuánto podía favorecer aquel imperfecto sistema electoral a la perpetración de abusos y la corrupción más escandalosa e irritante.

<sup>14</sup>Tal situación va a persistir hasta la Reforma electoral de 1832. Tiempo antes de que ésta se promulgara, un ciudadano de Manchester escribió: “La reforma parlamentaria debe seguir pronto a la apertura de este ferrocarril (se refiere a la línea Liverpool-Manchester): un millón de personas pasarán por él durante este año y verán el pueblo de Newton, hasta ahora no visto; y se convencerán del absurdo de que envíe dos diputados al Parlamento, mientras Manchester no envía ninguno”.

David Thomson: “England in the nineteenth century”, Penguin Books Aylesbury, Great Britain, 1966, pág. 42.

Es así como en los condados y en los “burgos podridos”, el ascendiente e ingerencia de los grandes propietarios, de los ministros y de sus agentes, se ejercía desembozadamente y sin restricciones para anular de cualquier forma a los opositores, comprar a los electores y posteriormente a los diputados elegidos.

“Las votaciones eran públicas —escribe un autor de nuestros días—; los electores de los distritos vendían sus votos y los electores de los condados juzgaban más provechoso sufragar según los deseos de sus amos”. “En ausencia de partidos organizados y disciplinados —agrega—, el modo más eficaz de asegurarse una mayoría era comprándola.”<sup>15</sup>

Singularmente ilustrativos, respecto a aquel viciado régimen electoral, son algunos interesantes grabados de Hogarth que representan escenas de la actividad sufraguista inglesa en el siglo XVIII, los cuales, pese a cierto énfasis caricaturesco muestran, sin embargo, una realidad plenamente constatable en aquella centuria: la de los excesos, desbordes e inmoralidades a que se ha hecho referencia.

En la misma línea satírico-crítica, aunque con mayor dosis de humor, nos permitimos citar aquí el animado, ágil y regocijante relato de las elecciones de Eatanswill —Capítulo XIII del “Pickwick” de Dickens— que aunque escrito tres décadas después de la época que estudiamos, corresponde cabalmente, por las peculiaridades de la acción novelada, al período que aludíamos.

Es necesario añadir a lo dicho —y como una muestra del excepcional progreso británico en este aspecto— que la vida política del reino se vio entonces notablemente estimulada por el creciente desarrollo del periodismo. En efecto, cuando a partir de 1771 el Parlamento concedió tácitamente el derecho a publicar los debates, esa labor se convirtió en uno de los objetivos más importantes de los periódicos. Parte considerable del espacio de dichas publicaciones se destinaba a ellos; y el resto a anuncios pagados referentes a libros, conciertos, teatros, demandas de trabajo de servicio doméstico, cartas particulares, informes del gobierno.

<sup>15</sup>Woodward, E. L.: “Historia de Inglaterra”, Alianza Editorial, Madrid 1974, pág. 155.

Entre los periódicos más influyentes habría que citar el "Morning Chronicle", nacido en 1769, el "Morning Post" en 1772, el "Times" en 1785. Su circulación era modesta, considerándose como buena una tirada de dos mil ejemplares. En 1795 —año en que arribó O'Higgins a las islas británicas— el "Morning Post" había descendido hasta 350, en tanto que el "Times" llegaba a los 4.800 números vendidos.

Y dejamos aquí esta somera visión relativa a la vida política inglesa de fines del XVIII, para enfocar otro tema verdaderamente insoslayable tratándose de dicha época. Nos referimos a las transformaciones económicas experimentadas por la Gran Bretaña en las décadas postreras del siglo, las que abarcaron tanto la agricultura como la industria y los transportes.

En el plano agrícola, dos fueron los cambios fundamentales: la adopción de nuevos métodos de cultivo y el aceleramiento del proceso de cercamiento de tierras.

Los primeros involucraron tanto la incorporación de un nuevo tipo de arado, que hendía más profundamente la tierra, como la implantación del sistema de rotación trienal —con plantaciones de nabos o forrajeras en lugar del barbecho anterior—, el que a su vez va a posibilitar un sostenido y rápido progreso de la ganadería, antaño en situación notoriamente desmedrada. Todo esto se tradujo en un sustancial aumento de la productividad agrícola, lo que permitirá al pueblo inglés poder disponer de una alimentación más rica y variada, con los consiguientes efectos positivos sobre su nivel de salud y, en último término, sobre las tasas de mortalidad general.

En cuanto a los cercamientos de tierras ("enclosures"), iniciados en el siglo XVI —recuérdese la emotiva primera parte de la "Utopía" de Moro—, prosiguieron en el XVII a un ritmo más cansino, acelerándose en la centuria siguiente, sobre todo, a partir del año 1760 aproximadamente.

El proceso concluirá alrededor de la tercera o cuarta década del XIX, afectando especialmente a la región sur de Inglaterra.

Estos últimos cercamientos, es decir los de la decimoctava centuria y posteriores, se llevaron a cabo mediante leyes ema-



nadas del Parlamento, y se concretaron a través de procedimientos en todo favorables a los grandes terratenientes. Al margen de estos acotamientos del "openfield", se llevó adelante, también, y en forma rápida, el cercado de las tierras comunales, lo que privó a muchos miles de personas de los derechos de pastoreo y demás beneficios de que disfrutaban y que servían de complemento a sus débiles ingresos.

Los pobres sin tierras fueron las mayores víctimas de los "enclosures", también los pequeños propietarios libres ("yeomen"), imposibilitados de mantener su condición de tal frente a las presiones de todo orden de los acaudalados propietarios que habían acotado sus predios. Muchos de ellos ni siquiera estaban capacitados para cancelar su participación en el costo de levantar la cerca. Por tal motivo —y por la necesidad de incurrir en otros gastos que sería largo enumerar— comenzaron a vender sus propiedades, muchas veces en condiciones muy poco favorables para sus intereses.

El resultado directo del proceso fue un acentuado y doloroso éxodo rural, que llevó a los labriegos desarraigados de la tierra a las ciudades, las nuevas áreas industriales o mineras e incluso las colonias.

Testimonios de aquel trascendente y aflictivo suceso no escasean. Entre otros, la literatura de la época nos proporciona uno singularmente estimable, tanto por su honda y depurada emotividad, como por sus ostensibles méritos estéticos. Nos referimos al poema de Goldsmith "The Deserted Village" —publicado en 1770—, donde podemos leer esta nostálgica evocación:

A time there was, ere England's griefs began,  
When every rood of ground maintain its man;  
For him light Labour spread her wholesome store,  
Just gave what life required, but gave no more:  
His best companions, Innocence and Health;  
And his best riches, ignorance of wealth.  
But times are alter'd; Trade's unfeeling train  
Usurp the land, and dispossess the swain.

Al respecto corresponde puntualizar que, dadas las características del agro isleño y teniendo presente los nuevos y muy satisfactorios métodos aplicados al cultivo de la tierra, los cer-

camientos eran evidentemente necesarios, pues sin ellos, indiscutiblemente, no se habría podido incrementar la producción agrícola ni desarrollar adecuadamente la ganadería.

Al final, todas las clases salieron ganando con el aumento notorio de la riqueza nacional; pero el precio que se pagó por tan considerable transformación fue ciertamente elevado.

“El precio social pagado por el beneficio económico obtenido —escribe el historiador Trevelyan— fue una reducción del número de labradores independientes y un aumento de los agricultores sin tierras. Fue, en gran medida, un mal necesario —subraya— y el daño hubiera podido ser menor si el mayor dividendo obtenido en la esfera agrícola se hubiese distribuido más equitativamente”.<sup>16</sup>

Digamos para terminar este párrafo que el conjunto de las transformaciones descritas conforman lo que se ha dado en llamar la “revolución agrícola”, coetánea de la más conocida aún “revolución industrial”, y ambas con vinculaciones muy estrechas. Una y otra emergen y se consolidan en la Gran Bretaña —últimas décadas del XVIII e iniciales del XIX—, y unidas explican el “despegue” de la economía británica.

Ahora bien, elemento sustancial de ese despegue sin precedentes fue la mencionada “revolución industrial”.

Iniciada como se ha dicho en Inglaterra, aquella decisiva transformación se difundirá más tarde por el resto del mundo, dándole a nuestra época uno de sus rasgos más característicos, generalizados y fundamentales. Tan característicos, singularizados y medulares, en verdad, que no sería concebible nuestra forma de vida actual sin considerar relevantemente los efectos variadísimos que aquella revolución produjo.

Así, mientras en lo político y social Francia con su revolución daba una nueva norma, una nueva pauta, una nueva ordenación de valores a la civilización occidental, Inglaterra en el plano económico imponía —y de manera ineludible— un influjo de similar preeminencia y significación.

Ambos movimientos —hermanados en la historia por el tiempo— anuncian con elocuencia y rotundidad la aurora de los tiempos contemporáneos.

<sup>16</sup>Trevelyan, G. M.: Ob. cit., pág. 398.

Ahora bien, la aludida revolución industrial, en su fase británica, conforma una amplia estructura histórica, un complejo unitario vasto, donde múltiples hechos se encadenan, se conexionan e influyen unos a otros.

Entre esos hechos, dos adquieren singular relieve: los cambios experimentados por la industria textil y la metalurgia.

En el área textil, específicamente, algunos inventos de trascendencia —tales los de Hargreaves, Arkwright, Crompton y Cartwright— van a modificar radicalmente dicha industria, posibilitando un aumento considerable de la producción y, al mismo tiempo, una nueva forma u organización de esa manufactura. En efecto, al lado de los antiguos talleres artesanales y la tradicional industria doméstica —“domestic system”— comienzan a formarse ahora, poco a poco, verdaderas fábricas que llegaban en ocasiones a concentrar centenares de obreros.

Los avances más espectaculares en ese sentido se dieron en la industria algodonera —auténtica “punta de lanza” de la revolución industrial—, agrupada sobre todo en la región del Lancashire, con núcleos claves en Manchester y Liverpool.

La manufactura textil de la lana —antes abrumadoramente dominante— comienza a aminorar visiblemente su ritmo de crecimiento, hasta ser sobrepasada por la algodonera al despuntar el siglo XIX.

En cuanto a la metalurgia del hierro —localizada en las cuencas carboníferas, particularmente en el Midlands, sur de Gales y el Tyneside— experimentó un considerable cambio por efecto de la difusión del empleo de los altos hornos y el uso de la hulla en lugar del carbón vegetal en el proceso de la fundición. El año 1800 la producción de hierro fundido bordeaba las 200 mil toneladas. Dados los vínculos tecnológicos entre esta industria y el carbón, el incremento acelerado de la primera explica la tendencia similar observada en la extracción del segundo. Es así como hacia la fecha indicada, la producción de carbón alcanzó los 10 millones de toneladas, siendo las cifras apuntadas —tanto en lo que respecta al hierro como a la hulla— las más elevadas del mundo, simbolizando ellas por sí solas la supremacía indiscutible de la Gran Bretaña.



Pero eso no es todo; en un lugar secundario, aunque de todas maneras significativo, florecieron otras industrias y en forma notoriamente vigorosa. Toda una región, sin ir más lejos, esto es, la extendida en torno a Derby, Nottingham y Leicester —el “país de la cerámica y la alfarería”— se había especializado en esta actividad, llegando a dominar con sus muy estimables productos un amplio mercado, tanto interno como externo.

Agreguemos: los tejidos de lino, la refinación del azúcar, la elaboración del vidrio, papel, artículos de hierro, armas, la construcción naval.

Todas estas industrias van a recibir un nuevo y decisivo empuje a partir de la década del 80 —año 1782 para ser más exacto— cuando James Watt logró poner a punto la máquina de vapor, posibilitando así la rápida utilización de una poderosa fuente de energía en las manufacturas, y luego en los transportes.

Esta fase nueva llevará a la consolidación de aquello que a fines de la decimoctava centuria era tan sólo un tímido bosquejo: la oposición marcada entre la “Inglaterra negra” del noroeste, y la “Inglaterra verde” del sur. De esta manera, en los días en que don Bernardo O’Higgins vivió en las islas británicas, el mapa de Inglaterra comenzaba ya a poblarse de activos núcleos fabriles, evidenciando que el país se encontraba en el umbral de convertirse en el “taller del mundo”.

Ahora bien, la revolución industrial, al margen de los aspectos positivos aquí reseñados, ostenta también rasgos mucho menos gratos de recordar. Me refiero a la muy penosa condición de los obreros en aquella etapa auroral del capitalismo industrial. Personas de ambos sexos y de todas las edades eran reunidas en las nuevas factorías con total olvido de su salud, de su seguridad, de su dignidad, e incluso, de sus principios morales. Las jornadas de trabajo eran muy largas; las condiciones en que éste se desarrollaba, durísimas; los salarios, extremadamente reducidos.

Mujeres y niños eran empleados en alta proporción en minas y fábricas, bajo modalidades de severidad estremecedora. Ningún tipo de legislación protegía a los trabajadores; y el Es-

tado firmemente adherido a la política del “laissez-faire”, consideraba que problemas como los señalados quedaban nítidamente fuera de su esfera de acción.

Por otro lado, tampoco el sector empresarial manifestaba mayor interés por promocionar un mejoramiento de esa aflicta situación y esto no sólo por afán de lucro, como pudiera creerse, sino también por estimar que la creación de industrias u otras actividades económicas, favorecería no sólo sus intereses personales, sino igualmente el bien de la comunidad.

Nadie mejor que Adam Smith —quien publicó su “Riqueza de las Naciones” el año 1776— ha expresado en mejor forma esta original concepción, ya afincada en el espíritu de la burguesía capitalista de la época.

A su juicio, los diferentes motivos de la conducta humana están equilibrados tan cuidadosamente, que el beneficio de un individuo no puede oponerse al bien de todos. Esta creencia en el equilibrio natural de los motivos humanos, le llevó a su famosa aseveración de que al buscar su propio provecho cada persona es “conducida por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos —subraya—, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios. No son muchas las cosas buenas —añade— que vemos ejecutadas por aquellos que presumen de servir sólo el interés público”.<sup>17</sup>

Al margen de los aspectos sociales indicados, el industrialismo inglés de fines del siglo XVIII implicó otros efectos de trascendencia.

Uno de ellos fue el sustancial mejoramiento de los caminos —mediante el sistema de los peajes—, y la construcción de canales de navegación; esto último impulsado con tal energía que bien se puede hablar de una verdadera “fiebre de los canales”, desarrollada en las décadas postreras de la centuria aludida.

<sup>17</sup>Smith, Adam: “Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones”, F.C.E., México, 1958, pág. 402.

Otro efecto importante fue el incremento excepcional del comercio. En realidad, la buena marcha de la industria estaba vinculada al comercio foráneo, ya que una parte de las materias primas venía del extranjero y los productos elaborados se destinaban, en significativa medida, a la exportación.

De esta forma, el auge industrial va a dar renovado vigor al tráfico mercantil, el cual, por lo demás, no había dejado de crecer sostenidamente a lo largo del siglo, manteniendo nítida ventaja sobre todas las demás naciones. En las postrimerías del XVIII, un tercio del comercio británico se efectuaba con Europa, otro tercio con la América del Norte, y el otro, con el resto del mundo. Se importaban básicamente materias primas y artículos alimenticios; se exportaban telas, objetos de hierro, cerámica, etc.

Hacia 1800, dicha actividad había alcanzado una potencia y una amplitud sin precedentes, confirmando su posición líder en el plano internacional y el difundido concepto de “nación de tenderos” aplicado a la Gran Bretaña. En el más lato sentido, aquel entusiasta elogio de Voltaire de la tercera década del siglo XVIII —carta VI de las “Cartas Filosóficas”— no había perdido vigencia alguna; antes bien, debería afirmarse que existía neta y clara superación.

No se equivocaba Napoleón, por lo tanto —algunos años después—, cuando pensaba que para derrotar a Inglaterra había que procurar la ruina de su comercio. En lo que sí erraba, era al olvidar o desdeñar las promisorias posibilidades de sustitución de que disfrutaba aquel ingente tráfico. En efecto, si se le cerraba el mercado europeo, podía orientarse incrementado —como alternativa factible y provechosa— hacia América del Norte o América Latina, o hacia ambas áreas a la vez.

Para hundirlo o deteriorarlo en forma apreciable, habría sido necesario que Napoleón conquistara no sólo Europa sino también el Nuevo Mundo, lo que obviamente estaba absolutamente fuera de sus posibilidades.

Y quedemos aquí en este punto para enfocar, someramente ahora, la sociedad y la cultura inglesas de aquellos últimos años del siglo XVIII, en que le correspondió —por decisión de su padre— residir en Inglaterra a don Bernardo O’Higgins.



Ya hemos hablado, brevemente, de las masas laborales que comenzaban entonces a concentrarse en las ciudades industriales o en los distritos mineros; también, de la suerte corrida por los pequeños propietarios agrícolas (“yeomen”) como consecuencia de los cercamientos.

Baste agregar a lo expresado, que muchos de los que se vieron forzosamente erradicados de la tierra por obra de aquel proceso, lograron afortunadamente prosperar en otros lugares y ocupaciones. En efecto, gran parte de las familias mercantiles, industriales y profesionales que crecieron y triunfaron en la nueva y más rica Inglaterra de fines del XVIII y del siglo XIX, descendían de “yeomen” y de campesinos que habían emigrado a las ciudades portando el dinero recibido a cambio de sus tierras. Biografías de victorianos eminentes comienzan a menudo aludiendo al “antepasado yeomen”.

Hemos hecho hincapié, páginas atrás, en el desarrollo del comercio y la industria en la Inglaterra de la centuria indicada; ello obviamente se tradujo en un creciente progreso de la burguesía británica. Pues bien, pese a tan visible auge, la norma y modelo de la sociedad inglesa del siglo XVIII fue la aristocracia.

Esta no descansaba sobre una fuerza militar ni estaba fundamentada en un sistema político ni tampoco enfrentada a las masas; por el contrario, se hallaba sólidamente asentada sobre el consentimiento del pueblo británico, circunstancia que nos explica su ascendiente, su preeminencia y su importancia en el conjunto de la sociedad.

Es por eso que de la aristocracia surgían los hombres que debían ocupar los asientos parlamentarios, especialmente los de la Cámara de los Lores, los que integraban los cuadros de la oficialidad del ejército y la armada, las filas de la diplomacia y las altas jerarquías burocráticas.

La aristocracia daba también el tono a la vida social más alta y sofisticada, cuyos rasgos más característicos eran el lujo y magnificencia en el vestir, la asistencia asidua a conciertos, funciones de teatro o bailes, las temporadas en balnearios de moda —Bath, Margate y otros—, el juego, los viajes, las cacerías.

Al lado de este tipo aristocrático de ciudad existía el rudo “gentleman” del campo, la “gentry” rural, que dividía su

tiempo entre las diversiones de la ciudad y los ásperos y burdos entretenimientos de la vida campesina: la caza, la bebida, los placeres de la mesa.

A juzgar por los testimonios de la época, su forma y estilo de vida parecen haber mejorado muy poco en relación al nivel deplorable y relajado —piénsese en los personajes de las novelas de Fielding—, que en general desplegaron aquellos miembros de la “gentry” en la primera mitad del siglo XVIII.

Largo sería reseñar, aunque sea brevemente, las facetas más relevantes de la vida social y cultural inglesa de los últimos años de la decimoctava centuria. En la imposibilidad de considerar todos esos aspectos, escogeremos los de mayor trascendencia; y entre ellos, desde luego, uno que se nos impone por sí solo: el despertar religioso de Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII, por obra del desarrollo y difusión del metodismo.

La época en que surge esa doctrina corresponde en la Gran Bretaña a un período de acentuado deterioro moral y considerable indiferencia religiosa. Muchas son al respecto las evidencias de aquella lastimosa situación. Los políticos, aun los más connotados y encumbrados, caían a menudo en la corrupción más escandalosa, los eclesiásticos eran indolentes y despreocupados, la clase media se interesaba sólo en obtener dinero y la masa popular era licenciosa, turbulenta y dominada por la embriaguez.

“El dinero es aquí soberanamente estimado; el honor y la virtud, poco —escribía en 1728, Montesquieu.

No hay religión en Inglaterra, añadía, cuatro o cinco miembros de la Cámara de los Comunes van a misa o al sermón, excepto en las grandes ocasiones... Si alguien habla de religión, todo el mundo se pone a reír”.<sup>18</sup>

Pues bien, es en este ambiente en que emerge el metodismo. Como se sabe, fue obra de John Wesley, quien hacia 1739 comenzó a predicar en público, exhortando a los fieles a volver a encontrar el espíritu de la Sagrada Escritura y a practicar la caridad. No pretendía discutir el dogma ni formar una secta

<sup>18</sup>Montesquieu: “Notes sur l’Angleterre”.

disidente. Sin embargo, tropezó con la oposición decidida del clero anglicano, que le negó acceso a los templos e iglesias, circunstancia que movió a Wesley a efectuar sus predicaciones en las calles, en las minas, en las áreas industriales, en los campos, atrayendo a gran número de seguidores, particularmente de los estratos populares más desvalidos.

Los "wesleyanos" se separaron entonces de la Iglesia establecida, y fundaron la Iglesia Metodista que contaba a la muerte de su fundador —1791— con muchos miles de adeptos y numerosos y activísimos predicadores.

La acción de Wesley dejó huellas muy profundas en la vida religiosa y moral de Inglaterra; influyó en otras sectas, indirectamente también en el anglicanismo y suscitó en todas las clases sociales un muy positivo y alentador retorno a una moral más estricta e, incluso, más austera.

Contribuyó, por otro lado, decididamente, al desarrollo del movimiento de ideas filantrópicas emergente a fines del siglo, a través de sus campañas para el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros, la abolición de la trata de negros y, en último término, la supresión de la esclavitud.

En el contexto de esas loables tendencias filantrópicas, habría que colocar también la lucha por la humanización de las leyes penales de la época, cuya implacable severidad nos resulta hoy tan impresionante.<sup>19</sup>

Concluyamos este estudio con una sucinta referencia a la vida cultural.

Un progreso, en todo sentido concordante con el avance general de la nación, observamos en este orden de cosas y de ello son elocuente testimonio el alto nivel de las universidades y academias, la creación de importantes bibliotecas públicas y

<sup>19</sup>Un autor de nuestros días escribe refiriéndose a ese período —fines del XVIII— lo siguiente: "Todavía existían doscientos cincuenta y tres delitos castigados con la muerte. Podía ahorcarse a una persona en el árbol de Tyburn por cazar un conejo, causar daños en un puente, cortar un arbolito o hurtar por valor de más de cinco chelines. Incluso en 1816 había en la cárcel de Newgate 58 presos condenados a muerte, entre ellos un niño de diez años".

Harold Nicolson: "La Era de la Razón", Barcelona, 1962, pág. 408.



privadas, el interés de amplios sectores de la aristocracia y burguesía por perfeccionar su bagaje cultural, el notable desarrollo del periodismo, el elevado nivel de la creatividad intelectual general, y el gusto universalizado por la lectura.

Un viajero alemán —un tal Moritz— que escribió hacia 1782 nos ha dejado el siguiente juicio sobre la cultura literaria británica de aquel período: “Los autores nacionales ingleses —afirma— se encuentran en todas las manos y son leídos por todos, de lo que son buena prueba las innumerables ediciones que de los mismos se han publicado. He conversado con diversas personas pertenecientes a las clases más humildes que conocen todas a sus autores nacionales y han leído, si no todos, sí a muchos de ellos”.<sup>20</sup>

¿Qué se leía principalmente? Como se puede deducir por la cita, y otros testimonios adicionales, las preferencias del público iban singularmente hacia los autores vernáculos, tanto los clásicos como los creadores más recientes. Al respecto cabe puntualizar que los escritores ingleses del siglo XVIII, en general se liberan de la dependencia de los tradicionales protectores privados; declina visiblemente el mecenazgo y los literatos acuden al favor del público para alcanzar fama y provecho.

La novela es el género de más relevante desarrollo en la centuria; abarcando en su temática un amplio abanico que va desde el realismo de Defoe al sentimentalismo fácil de Richardson, pasando por la sátira amarga y el nihilismo de Swift, la picaresca de Fielding, y la simplicidad amena y cautivadora de Goldsmith.

La poesía, a su vez, remonta a considerable altura al agonizar el siglo. En efecto, el año 1798 —uno antes de la salida de don Bernardo de la isla— Wordsworth y Coleridge publican en colaboración sus célebres “Baladas Líricas”, verdadero manifiesto, definido y transparente, contra la retórica vigente, las reglas e impedimentos que frenaban el libre despliegue de la creación literaria; defensa vehemente, además, de la libertad de expresión, de la emoción y el sentimiento y el retorno a la naturaleza.

<sup>20</sup>Trevelyan, G. M.: Ob. cit, pág. 433.

Así el romanticismo —a la zaga de Rousseau y de Goethe—, y después de algunos tanteos vacilantes y tímidos, emergía decididamente en Inglaterra, anunciando ya —recuérdese la lozanía y belleza de la “Balada del viejo marinero” de Coleridge— la madurez espléndida de Shelley, Keats y Byron.

Al margen de la literatura, la historia —con Hume, Robertson y Gibbon— alcanza también niveles de excepcional jerarquía, atrayendo lectores entusiastas, reflexivos y polémicos.

Por otro lado la filosofía, confirmando la brillante tradición nacional en esos estudios, nos proporciona nuevas y atrevidas concepciones de la realidad. Hume, con su sensualismo y escepticismo, Berkeley, con su idealismo extremo y Bentham con su utilitarismo y su objetivo ético de “la mayor felicidad para el mayor número posible”, configuran los mejores logros del pensamiento británico dieciochesco en esa disciplina.

En cuanto a la ciencia, el aporte inglés en esa centuria no es menos importante, admirable y digno del más alto reconocimiento. Herschel, en la astronomía y Priestley y Cavendish en el campo de la química —todos ellos en plena actividad en la época en que el libertador O’Higgins vivió en Inglaterra—, son nombres eminentes que la historia de la ciencia jamás olvida.

Pero eso no es todo. A la par de las letras, la filosofía y las ciencias, las artes también florecen y se renuevan. El siglo XVIII tiene, en este sentido, una alta significación en la evolución cultural de la Gran Bretaña, por cuanto involucra el surgimiento de una auténtica y por demás notable escuela inglesa de pintura; por cierto, la más joven de la Europa moderna.

Son sus rasgos definitorios su carácter casi exclusivamente profano, su distinción y elegancia, su predilección por el tema del retrato; también del paisaje, muy a fines del siglo. Hogarth, Reynolds y Gainsborough son sus valores de mayor envergadura. El primero reitera la nota moralista y satírica; los dos últimos, en cambio, están ya en la línea propia y específica de la escuela nacional.

Destacan éstos, notoriamente, en el retrato, particularmente el femenino y el infantil —recuérdese el conocido “Blue

Boy'' de Gainsborough—, en los cuales es posible advertir la influencia muy clara del flamenco Van Dyck —siglo XVIII—, de larga permanencia y prestigio en la isla.

El paisaje, concebido como fondo de los retratos, pero también como género independiente, alcanza tan exquisita poesía y maestría en el pincel de Gainsborough que, en justicia, se le considera uno de sus creadores en la pintura inglesa.

Cuando don Bernardo llegó a las islas británicas, ambos pintores habían fallecido escasos años antes —Gainsborough en 1788, Reynolds en 1792—. Su influjo, sin embargo, perduraba vigoroso y dominante y persistiría sin mengua décadas después, como lo atestiguan magníficamente Constable y Turner.

Hasta aquí este panorama de la vida inglesa en los años terminales del siglo XVIII, en que el destino deparó al libertador don Bernardo O'Higgins la oportunidad inapreciable de residir allí, durante cuatro años o poco más.

Grande y valiosa debió haber sido aquella experiencia para el fundador de la República. Su espíritu joven, inquieto, permeable, anheloso de conocimientos y ansias de superación, debe haberse sentido vivamente impresionado por aquella pujante sociedad, por su ingente poder creador, por los cambios que progresiva e inexorablemente la modificaban, por el contraste abrumador con su lejana y poco evolucionada patria.

Era una nación potente y dinámica, confiada en sí misma, pese a sus considerables problemas, la que encontró el prócer. Una nación orgullosa de sus prodigiosos éxitos económicos, de su sistema político, de sus derechos y libertades, de la flexibilidad de su estructura social, de su señorío marítimo, del genio inventivo de sus hijos, de sus espléndidos logros culturales, de la riqueza y vastedad de su imperio —Canadá, India, Australia, Jamaica, Barbados y otras Antillas menores—, en fin, de su rotunda preeminencia mundial y de la conciencia de su contribución caudalosa a la elaboración de la civilización occidental.

Dos siglos atrás, poco más o menos, Shakespeare escribía:



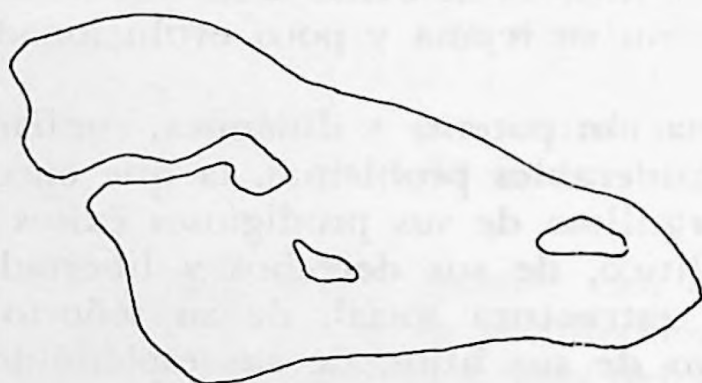
Este otro Edén, este semi paraíso  
Esta fortaleza que la naturaleza ha construido  
Contra la invasión y el brazo armado de la guerra,  
Este florido plantel de hombres, este pequeño universo

.....  
Este trozo bendito, esta tierra, este reino, esta Inglaterra.

Y Milton, décadas después: “Lores y miembros de la Cámara Baja de Inglaterra: considerad a qué nación pertenecéis, de quiénes sois tutores: pertenecéis a una nación despierta, de espíritu ágil, ingenioso y penetrante; sutil en la invención y vigoroso en el hablar, que se ha remontado al punto más elevado alcanzado por la capacidad humana”.<sup>21</sup>

¿Comprendió el libertador toda la trascendencia de la misión histórica de la Gran Bretaña? ¿Volcó, en virtud de aquella comprensión, su corazón emocionado hacia aquella isla admirable?

A la luz de su vida posterior, parece no haber duda que así ocurrió.



<sup>21</sup>“Milton's Prose”, Oxford Univ. Press, 1925, pág. 318. Cit. Hans Kohn: “Historia del Nacionalismo”, F.C.E., México, 1949, pág. 152.